

Ustedes que se sientan en sus casas por la noche, ustedes que se sientan en los teatros, que son alegres en los bailes y fiestas, todos ustedes que están encerrados entre cuatro paredes, no tienen idea de lo que sucede afuera, en la oscuridad. En los lugares solitarios. Y hay tantos de ellos, por todas partes: en el campo, en los pueblos pequeños, en las ciudades. Si salieras por las tardes, por la noche, sabrías de ellos, pasarías a su lado y te preguntarías qué hay dentro; y si fueras un niño pequeño, podrías tener miedo.

Miedo como el que Johnny Newell y yo sentimos, como miles de niños pequeños de un extremo a otro del país tienen miedo cuando tienen que salir solos por la noche, pasando por lugares solitarios, oscuros y sin luz, sombríos y embrujados...

Quiero que entiendas que si no hubiera sido por el lugar solitario en el elevador de granos, el lugar con los grandes árboles viejos y los cobertizos cerca de la acera, y las pilas de madera, si no hubiera sido por ese lugar, Johnny Newell y yo nunca habríamos sido culpables de asesinato.

Lo digo incluso si no hay nada que la ley pueda hacer al respecto. No pueden tocarnos, pero es verdad. Yo lo sé y Johnny lo sabe, pero nunca hablamos de eso, nunca decimos nada. Es simplemente algo que mantenemos detrás de nuestros ojos, en lo profundo de nuestros pensamientos, donde es un hecho que se pierde entre miles de otros, algo que sabemos más allá de toda duda.

Se remonta a un largo camino atrás. Éramos jóvenes, éramos niños pequeños en un pueblo pequeño. Johnny vivía a tres casas de distancia y enfrente de la mía, en la cuadra al oeste del elevador de granos. Nunca tuvimos miedo de pasar juntos por el lugar solitario. Pero no estábamos juntos a menudo.

A veces uno de nosotros tenía que ir solo por ese camino, a veces el otro. Fui por ese camino la mayor parte del tiempo, no había otro, excepto dando un largo rodeo, porque ese era el camino directo al centro de la ciudad, y tenía que caminar hasta allí cuando mi padre estaba demasiado cansado para ir.

Por las tardes sucedía así. Mi madre descubría que no tenía azúcar ni sal ni mortadela y me decía:

—Steve, ve al centro y cómpralo. Tu padre está demasiado cansado.

Yo diría:

—No quiero.

Ella diría:

—Ve tú.

Yo diría:

—Puedo ir por la mañana antes de la escuela.

Ella diría:

—Ve ahora. No quiero escuchar una palabra más de ti. Aquí está el dinero.

Y tendría que ir.

Bajar nunca fue tan malo, porque la mayor parte del tiempo todavía había un resplandor crepuscular en el oeste, y una especie de luz pálida yacía allí, una luminosidad, como si parte del día se demorara allí, y en todo el pueblo se podía escuchar a los niños gritando en la última hora que tenían para jugar, y de alguna manera no te sentías tan solo. Podrías bajar a ese lugar oscuro debajo de los árboles y nunca pensarías en estar solo. Pero cuando volvías... eso era diferente.

Cuando regresabas, el resplandor se había ido; si las estrellas estaban apagadas, nunca se podían ver por los árboles, y aunque las farolas estaban encendidas —las antiguas luces se arqueaban sobre las encrucijadas— ni un rayo penetraba en el lugar solitario cercano al ascensor.

Allí estaba, media cuadra de largo, negro como el negro puede ser, oscuro como la noche más profunda, con las sombras de los árboles convirtiéndolo en un lugar sólido de oscuridad, con el débil resplandor de la luz donde una farola se acumulaba al final de la calle. Lejano parecía, y ese otro resplandor detrás, donde estaba la otra luz de la esquina.

Y cuando llegabas por ese camino comenzabas a caminar más y más lento. Detrás de ti se encuentran las tiendas brillantemente iluminadas; por todo el camino había casas, con luces en las ventanas y música sonando y voces de gente sentada a conversar en sus porches. Pero allá arriba, delante de ti, estaba el lugar solitario, sin una casa cerca, y más allá, el alto y oscuro elevador de granos, desolado e imponente.

El lugar solitario de árboles, cobertizos y madera, en el que cualquier cosa podría estar al acecho, cualquier cosa; el lugar solitario donde estabas seguro de que algo acechaba en la oscuridad, esperando el momento y la hora y la noche en que llegabas

para salir de su lugar secreto y saltar sobre ti, desgarrándote y haciendo cosas inmenables.

Ese era el lugar solitario.

De día eran robles y arces de más de cien años, lo suficientemente bajos como para que casi pudieras tocar las grandes ramas extendidas; eran los cobertizos y las pilas de madera que rara vez se perturbaban; era una acera y hierba alta, nunca cortada ni mantenida hasta finales del otoño, cuando alguien la quemó; era un lugar sombreado en los calurosos días de verano donde siempre flotaba algo de aire fresco. Nunca le tenías miedo de día, pero de noche era un lugar diferente.

Porque entonces era solitario, lejos de la vista o el oído, un lugar de oscuridad y extrañeza, un lugar de terror para los niños pequeños perseguidos por mil miedos.

Y todas las noches, al volver a casa de la ciudad, sucedía así. Caminaba más y más lento, cuanto más me acercaba al lugar solitario. Pensaría en todas las formas posibles. Seguiría esperando que viniera alguien para poder caminar con él, tal vez el señor Newell, o la anciana señora Potter, que vivía más arriba en la calle, o el reverendo Bislör, que vivía al final de la manzana. Pero nunca venía nadie. A esa hora era demasiado pronto después de la cena para salir, o, ya fuera, demasiado pronto para volver. Así que caminaba más y más lento, hasta que llegaba al borde del lugar solitario, y luego corría tan rápido como podía, a veces con los ojos cerrados.

Oh, sabía lo que había allí. Sabía que había algo en ese lugar oscuro y solitario. Tal vez era el coco. A veces mi abuela hablaba de él, de cómo esperaba en lugares oscuros a los chicos y chicas malos. Quizás era un ogro. Sabía de ogros por los libros de cuentos de hadas. Quizá fuera otra cosa, algo peor.

Corría. Cada brizna de hierba, cada hoja, cada ramita que me tocaba era su mano alcanzándome. El sonido de mis pasos golpeando la acera eran sus pasos persiguiendo. La respiración agitada que era la mía se convertía en su respiración, en su lucha frenética por alcanzarme, por desgarrarme, por infundir terror en mi alma.

Saldría de ese lugar como una ráfaga de viento, pasaría volando junto al demacrado ascensor y no me detendría hasta que estuviera a salvo bajo el resplandor amarillo de la familiar farola. Y luego, a unos pocos pasos, estaría en casa. Y mi madre diría:

—Por el amor de Dios, ¿has estado corriendo en una noche calurosa como esta?

Yo diría:

—Me apresuré.

—No tenías que apresurarte tanto. No lo necesito hasta la hora del desayuno.

Y yo diría:

—Podría haber ido a comprarlo en la mañana. Podría haber bajado antes del desayuno. La próxima vez, eso es lo que voy a hacer.

Nadie me prestaría atención.

Algunas noches, Johnny también tenía que ir al centro de la ciudad. Las cosas entonces no eran como son hoy, cuando todas las mujeres hacen un ritual de compras por la tarde y rara vez olvidan algo. En aquellos días, no iban tan a menudo al centro de la ciudad, y cuando lo hacían, por lo general se olvidaban de algo. Y después de que Johnny y yo pasáramos por el lugar solitario en la misma noche, comparábamos notas al día siguiente.

—¿Has visto algo? —él preguntaría.

—No, pero lo escuché —diría yo—. Lo sentí. Tiene patas grandes y planas con garras. ¿Sabes qué tiene los pies más feos?

—Claro, una de esas apestosas tortugas amarillas de caparazón blando.

—Tiene pies así. ¡Oh, garras feas, blandas y afiladas! Vi uno con el rabillo del ojo —decía.

—¿Viste su cara? —preguntaría.

—No tiene rostro. No tiene. Eso es peor que si lo tuviera.

Oh, era una bestia horrible, no un animal, no un hombre, que acechaba en el lugar solitario y aparecía como un depredador en la noche, esperando a que pasáramos. Surgió así, a partir de nuestras experiencias mutuas. Descubrimos que tenía escamas y una gran cola larga, como un dragón. Respiraba, caliente como el fuego, pero no tenía cara ni boca, solo una horrible abertura en la garganta. Era tan grande como un elefante, pero no parecía nada amistoso. Pertenecía al lugar solitario; nunca se iría; ese era su hogar, y tenía que esperar a que le llegara la comida: los niños y niñas desprevenidos que tenían que pasar por el lugar solitario por la noche.

¡Cómo traté de evitar acercarme al lugar solitario después del anochecer!

—¿Por qué Mady no puede ir? —preguntaba.

—Mady es demasiado pequeña —respondía la madre.

—No soy tan grande.

—¡Oh, cállate! Eres un niño grande ahora. Vas a cumplir siete años. Solo piénsalo.

—No creo que siete sea viejo —decía yo.

Siete años no era edad suficiente para enfrentarse a lo que había en el lugar solitario.

—Tus pantalones Sears-Roebuck son largos —decía.

—No me importan los pantalones viejos de Sears-Roebuck. No quiero ir.

—Quiero que vayas. Nunca te levantas lo suficientemente temprano por la mañana.

—Pero lo haré. Prometo que lo haré. ¡Te lo prometo, mamá! —gritaba.

—Mañana por la mañana será una historia diferente. No, ve tú.

Así fue cada vez. Tuve que ir. Y Mady fue la única que adivinó.

Pero incluso ella nunca lo supo realmente. Ella nunca tuvo que pasar por el lugar solitario después del anochecer. La mantuvieron en casa. Nunca supo cómo algo podía yacer en esos viejos árboles, justo a lo largo de esas viejas ramas al otro lado de la acera y caer sin hacer ruido, arañando y desgarrando, algo sin rostro, con feas patas con garras como las de una tortuga de caparazón blando, con escamas y una cola como un dragón, algo tan grande como una casa, todo negro, como la oscuridad en ese lugar.

Pero Johnny y yo lo sabíamos.

—Casi me atrapó anoche —decía en voz baja, mirando ansiosamente fuera del cobertizo donde estábamos sentados, como si pudiera escucharnos.

—Caramba, me alegro de que no fuera así —diría yo—. ¿Cómo fue?

—Grande y negro. Terriblemente negro. Miré a mi alrededor mientras corría y, de repente, no había ninguna luz en el otro extremo. Entonces supe que venía. Corrí para salir de allí. Estaba casi sobre mí cuando me escapé. ¡Mira!

Y me mostraba un desgarró en su camisa donde había caído una garra.

—¿Y tú? —preguntaba emocionado, con los ojos muy abiertos.

—Estaba detrás de los montones de madera cuando llegué —dije—. Podía sentirlo esperando. Estaba corriendo, pero se detuvo, mira, hay una pila de madera volcada allí.

Y caminábamos hacia el lugar solitario al mediodía y mirábamos. Efectivamente, habría una pila de madera volcada, y miraríamos hacia donde algo había estado tirado, la hierba toda aplastada. A veces encontrábamos un pañuelo y nos preguntábamos si había atrapado a alguien.

Luego íbamos a casa y esperábamos a saber si faltaba alguien, especulando con aprensión durante todo el camino a casa si sería Mady o Christine o Helen, o alguna de las chicas de nuestra clase o de la escuela dominical. O si tal vez se había llevado la señorita Doyle, la joven maestra de primaria que a veces tenía que caminar por allí después de la cena. Pero nunca se informó de la desaparición de nadie, y el misterio creció. Tal vez se había apoderado de algún extraño que pasaba por allí y no sabía acerca de la Cosa que vivía en el lugar solitario. Estábamos seguros de que había atrapado a alguien.

—Si alguna noche no vuelvo, ya verás —decía.

—Oh, no seas tonto —decía mi madre.

¿Qué saben los adultos sobre las cosas que temen los niños? ¿Qué saben sobre lo que pasa por sus mentes cuando tienen que volver a casa solos por la noche a través de lugares solitarios? ¿Qué saben ellos de lugares solitarios donde nunca llega la luz de la esquina de la calle? ¿Qué saben de un lugar y un tiempo en que un niño es muy pequeño y está muy solo, y la noche es tan grande como el pueblo, y la oscuridad es el mundo entero?

Un niño mira hacia arriba pero no puede ver muy lejos cuando los árboles se inclinan y se aprietan, cuando los cobertizos se levantan a un lado y los árboles al otro, cuando la oscuridad se extiende como una nube a lo largo de la acera y las luces de la calle están muy, muy lejos. No es de extrañar, entonces, que las Cosas crezcan en la oscuridad de los lugares solitarios de la misma forma en que crecieron en ese lugar oscuro cerca del elevador de granos. No es de extrañar que un niño corra como el viento hasta que los latidos de su corazón suenen como un tambor y empujen hacia arriba hasta sofocarlo.

—Estás blanco como una sábana —decía mamá a veces—. Has estado corriendo de nuevo.

—No tienes que correr —decía mi padre—. Tómallo con calma.

—Solo corrí —decía yo.

Quería la peor manera de decir que tenía que huir, pero sabía que no me creerían más de lo que los padres de Johnny le creyeron a él cuando les dijo una vez. Lo golpearon con una correa y tuvo que irse a la cama. A mí nunca me golpearon.

Porque nunca les dije.

Pero ahora hay que decirlo, ahora hay que ponerlo por escrito.

Durante mucho tiempo nos olvidamos del lugar solitario. Nos hicimos mayores. Pasamos de la escuela a la secundaria, y de alguna manera nos olvidamos de la Cosa en el lugar solitario. Ese lugar nunca cambió. Los árboles envejecieron.

A veces, las pilas de madera eran más grandes o más pequeñas. Una vez que los cobertizos fueron pintados —rojo como la sangre—, lo recordé. Luego me olvidé de nuevo. Empezamos a jugar béisbol, baloncesto y fútbol. Empezamos a nadar en el río y a salir con chicas. Nunca más hablábamos de la Cosa en el lugar solitario, y cuando pasábamos por allí de noche era como algo olvidado que acechaba en un rincón de la mente. Era como algo que deberíamos recordar, pero nunca pudimos recordar del todo; así parecía, como un recuerdo encerrado, muy lejano en la infancia. Rara vez pasábamos por ese lugar y, a veces, incluso era un buen lugar para caminar con una chica, porque ella siempre se acurrucaba cerca y decía lo espeluznante que era allí debajo de los árboles colgantes.

Pero ni siquiera entonces nos quedábamos allí, tampoco corríamos, pero caminábamos sin vacilar ni holgazanear, por muy linda que fuera la chica.

Pasaron los años y nunca más volvimos a pensar en el lugar solitario.

Nunca pensábamos que habría otros niños pequeños atravesándolo de noche, corriendo con el corazón acelerado, sin aliento por el terror, ansiosos por la seguridad del arco de luz más allá del margen de la sombra que confinaba al habitante en ese lugar, la criatura temerosa de la luz que acechaba en las sombras, como tantos terrores que moraban en lugares solitarios similares en las ciudades y pueblos pequeños y campos de todo el mundo, esperando asustar a los niños y niñas, esperando invadirlos con horror y un miedo inquebrantable, esperando algo más...

Hace tres noches, el pequeño Bobby Jeffers fue asesinado en un lugar solitario. Estaba todo mutilado, desgarrado y parcialmente aplastado, como si algo grande hubiera caído sobre él. Johnny, que estaba en la junta del pueblo, fue a ver el lugar, y después me llamó por teléfono para que fuera también, antes de que otras personas caminaran por allí.

Fui y también vi las marcas. Era tal como dijo el forense, solo que no era un «animal de algún tipo». Algo con una cola que arrastraba, con escamas, con grandes patas con

garras, y yo sabía que no tenía rostro.

También sabía que Johnny y yo éramos culpables. Habíamos asesinado a Bobby Jeffers porque lo que lo mató fue lo que Johnny y yo creamos a partir de nuestros miedos de la infancia y lo dejamos en ese lugar solitario para esperar a algún niño asustado en algún momento, en alguna hora durante alguna noche oscura, un poco chico que, como el gordo Bobby Jeffers, no podía correr tan rápido como Johnny y yo.

Y lo peor no es que no haya nada que hacer, sino que el lugar solitario está cambiando. El pueblo está cortando algunos de los árboles ahora, quitando los cobertizos y poniendo una farola en el medio de ese lugar; ya no será oscuro ni solitario, y la Cosa que vive allí tendrá que irse a otro lugar, donde la gente no sospecha nada, a algún otro lugar solitario en algún otro pequeño pueblo, ciudad o campo, donde esperará, como lo hizo aquí, a algún niño o niña asustados, esperando en la oscuridad y la soledad...